



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



TOQUEN Y REPIQUEN LAS CAMPANAS

Hace sentir su voz, que resuena entre tierra y cielo; es el diálogo de la fe y la oración, suspendido en lo alto, sobre nuestra vida terrena, horizontal y profana; un canto metálico, intérprete del aquel otro vocal que sube a las alturas para invocar aquí abajo la efusión de las bendiciones de Dios.

Pablo VI

Primeros días de febrero, en plena madrugada zumba un perturbador sonido en el móvil, indago cual es la emergencia que a tan intempestivas horas frustra mi descanso; se trata de un texto remitido por un amigo para decirme que el Ayuntamiento de Valencia, a través de la Concejalía de Medio Ambiente, ha prohibido el toque de campanas de la iglesia de San Nicolás de Bari y San Pedro Mártir, popularmente conocida como San Nicolás, a fin de evitar la contaminación acústica. Vaya insólito pensamiento el del alcalde, justamente dejar muda a la llamada pequeña Sixtina, una de las primeras parroquias cristinas levantada hacia 1242, en tiempos del rey Jaime I quien hizo donación de los terrenos a los dominicos que le acompañaban, además de ser uno de los mejores ejemplos de convivencia artística entre gótico y barroco, y, por si lo dicho les sabe a poco, fue declarada Monumento Histórico Artístico Nacional en 1981, casi nada.

Me aseó con rapidez, el ánimo resuelto, quiero ser de los primeros y firmar en el libro que el vecindario ha preparado en pleno barrio del Carmen, en el horno Lourdes de la calle Caballeros, para recabar firmas contra el mutismo impuesto a las campanas de la iglesia de San Nicolás y a otras de la ciudad como San José de la Montaña, en la Petxina, los Santos Juanes, la iglesia del Mercat, de la Santa Cruz, algunas de cuyas campanas se hallan estropeadas.

Es una delicia caminar por las antiguas calles; durante el paseo, recuerdo que en mi niñez, mi madre y otras vecinas del Cabañal vendedoras de pescado, los lunes comenzaban la caminata prometida hacia San Nicolás, acompañadas por los pequeños con el fin que no se quedaran solos en casa. El trayecto se hacía en silencio, a lo sumo con el tonillo de los rezos de fondo, mientras la chiquillería de compañía aguantaba como podía los diez kilómetros largos de distancia. Nada frenaba a nuestras madres para reprimir con contundencia las travesuras efectuadas durante el camino, pese al silencio reinante en el pelotón, coscorrón va plegaria viene. Consumada la promesa llegaba lo bueno, el grupo de mamás y críos se dirigía a Santa Catalina para deleitarse con una buena taza de chocolate caliente, acompañado según las épocas de buñuelos, magdalenas, torta con nueces y pasas... hasta quedar saciados.

Unos recuerdos traen otros, las campanas y los campanarios siempre han despertado mi curiosidad e interés, evoco la iglesia de mi barrio, Nuestra Señora de Los Ángeles del Cabañal; mi abuelo, en tiempos de pasada infancia monaguillo, intentaba enseñarme sin lograrlo el lenguaje de las campanas, todo un sistema de comunicación a distancia y sin cables. Conocía los toques civiles, a la oración, de difuntos, extraordinarios, de protección contra las

tormentas, a rebato, Ángelus, Animas, clamor, conchejo, fuego, plegaria o rogativa, queda, repique, nublado, vísperas, comienzo y final de jornada, prohibiciones... no sé cuantos más era capaz de traducir e interpretar, por mi parte asentía, como si lo supiese, lo cierto es que nunca pude aprender los heterogéneos sonos, esas voces que durante siglos fueron capaces de transmitir al pueblo, en aldeas, villas y ciudades, miles de recados no solo religiosos si no también civiles. Pese al avance de los tiempos, de las tecnologías, de la pérdida del uso frecuente de las campanas como transmisoras de información, no se debe permitir su desaparición como bien cultural que es y menos aún que nadie acalle su voz, porque con ello silenciamos la nuestra, la de nuestros antepasados y la de nuestra historia.

De sopetón, acude a mi mente las clases de lectura impartidas por mi maestro don Cayetano, el buen hombre cada mañana nos hacía leer los clásicos. En cierta ocasión fue elegido un cuento, el VI del conde Lucanor, en el cual le plantea Patronio que ciertos nobles se están confabulando para hacerle daño, él no les teme, ni siquiera le preocupa. Ante tal actitud, Patronio relata la historia de la golondrina, la cual sabe que unos hombres están sembrando lino y con el mismo se elaboran redes y lazos para cazar pájaros. Alarmada, trata de alertar a otras avecillas para que acaben con las semillas antes que germinen y el lino crezca, con lo cual será más difícil arrancarlo de raíz, nadie le hace caso. A la vista de tal proceder, la golondrina decide ponerse bajo la protección de los hombres y así, cuando el lino crece se le deja tranquila, lo que no sucede con los demás pájaros, quienes sufren las consecuencias de su imprevisión. En este punto don Cayetano englobaba su voz para recalcar: -Moraleja, los males al comienzo debemos arrancar, porque una vez crecidos, ¿quién los atajará?

Considero que, pese a la frase de Manuel Azaña en 1931: España ha dejado de ser católica, la supervivencia de las tradicionales manifestaciones de religiosidad popular, organizadoras de la identidad local de la práctica totalidad de los pueblos y regiones españolas, así como de las nuevas instituciones con presencia nacional decisiva siguen haciendo del cristianismo, en su versión católica, un importante referente ideológico y social. Creo, no es fácil a estas alturas cambiar nuestro modo de ser, nuestra genética heredada, por cada persona molesta por el repique de campanas hay miles que lo aceptan, como se asume gustoso el redoblar de tambores y sonar de trompetas en la Semana Santa, las bandas, pasacalles o el estallido de cohetes y petardos en las Fallas, es algo muy nuestro. Peor se toleran el botellón, las verbenas auspiciadas por los nuevos municipios, la suciedad en las calles, ... No echemos en saco roto el cuento de la golondrina y el lino, a nadie extraña que a lo mejor algún gobernante prefiera, le agrade el sonido de la algarabía musulmana, las batucadas brasileñas, incluso el silencio de la intolerancia, al doblar de las campanas.

Antonio Ávila Chuliá